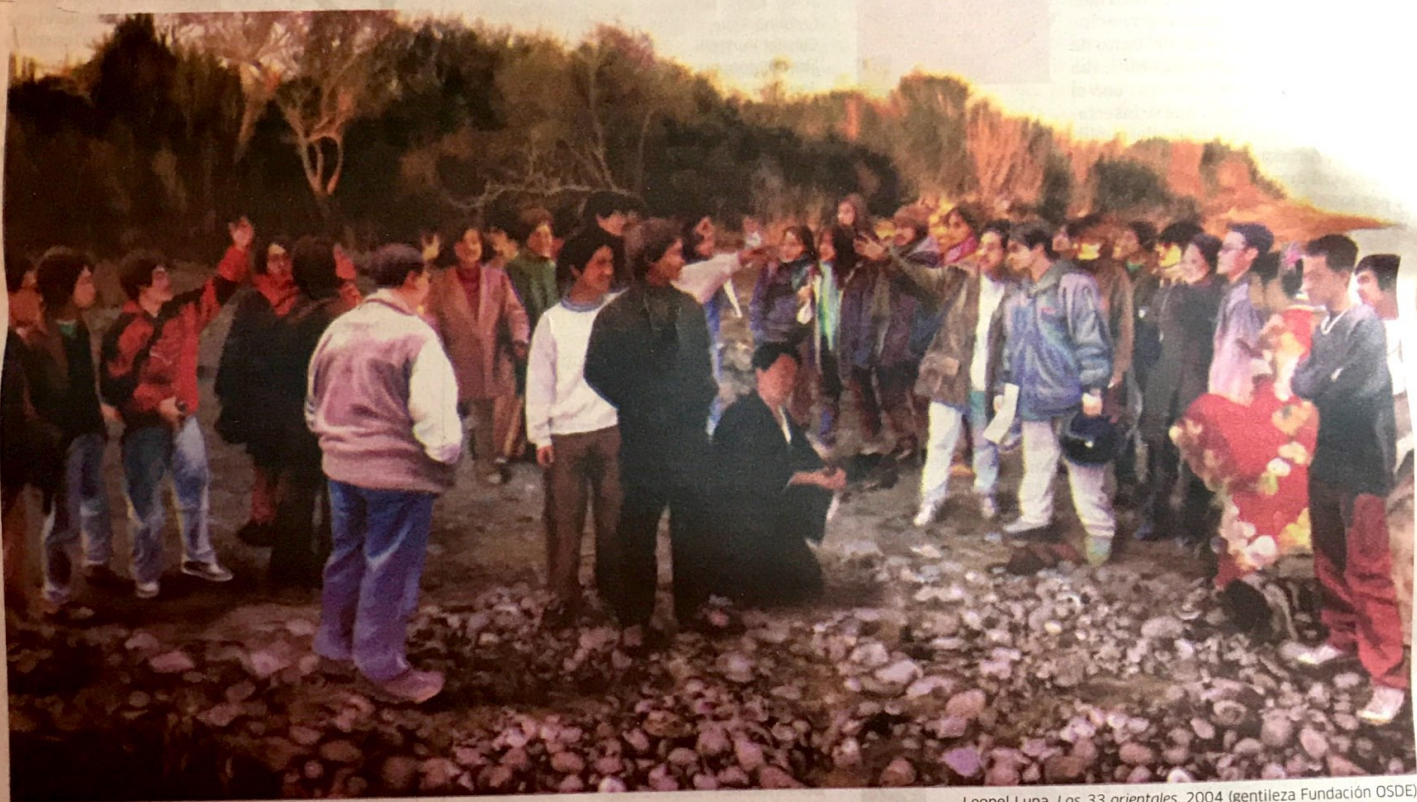


Tras el fenómeno inédito de una larga década de gobiernos nacional-populares en varios países de Sudamérica, la derecha ha retomado el gobierno en los principales de ellos para redirigirlos a “la normalidad”. Pero una reimplantación pura y dura del neoliberalismo tropieza también con complejos obstáculos.

El nuevo mapa político en Sudamérica

La hora de la *realpolitik*

por Pablo Stefanoni*



Leonel Luna, Los 33 orientales, 2004 (gentileza Fundación OSDE)

América Latina se ha “normalizado”. La “excepción”, que al decir del historiador británico Perry Anderson, representó la larga década progresista latinoamericana (1) llegó a su fin. Esos años de rebeliones sociales antineoliberales, cierta experimentación política estatal y un recambio de elites más o menos profundo según el país, se llevaron a cabo en un contexto global de hegemonía neoliberal: ni Europa, ni Asia ni África conocieron procesos semejantes a los vividos en América Latina. Y en ese sentido, “normalización” significa el ingreso en un período más híbrido, regionalmente más disperso, con proyectos en disputa que probablemente no logren la hegemonía ni el entusiasmo del pasado (como los neoliberales o los nacional-populares) y con formas de integración regional más posideológicas y menos “nuestraamericanas”. Pero también la “vuelta” a un mundo incierto: si en la década pasada, la hegemonía neoliberal no estaba en juego en el Norte global, hoy en Europa y Estados Unidos se profundiza la grieta entre fuerzas antagónicas que

tienen como punto de desencuentro, más que el liberalismo económico, la globalización.

“El futuro, en Estados Unidos y en el mundo, será definido por la oposición entre mundialistas y antimundialistas”, explicaba un joven doctorando y entusiasta votante de Donald Trump en un reportaje sobre la extrema derecha estadounidense (2). En este terreno aparecen los llamados populismos de derecha –formas punitivas de repolitización social (3)– que en muchos sentidos operan como fuerzas *nacional-liberales*, ya que a menudo combinan posiciones nacionalistas y xenófobas con liberalismo económico en el ámbito nacional. Y es en este mundo donde debe insertarse ahora América Latina. Las recientes amenazas de Trump contra las automotrices que inviertan en México (4) –y los estallidos sociales de estas semanas– parecen solo una advertencia con consecuencias aún no muy claras para un país carcomido por la violencia y la inequidad social.

Al mismo tiempo, la afinidad de Mauricio Macri con la candidatura de Hillary Clinton pone de relieve también las dificultades de las derechas

recién llegadas al poder para “volver al mundo” cuando “el mundo se fue”, como ironizó el politólogo Andrés Malamud (5).

¿Fin del progresismo?

El agotamiento de la agenda progresista en América Latina puede verificarse donde hubo derrotas electorales (Argentina), donde se produjeron “golpes institucionales” sin posibilidad de organizar una resistencia social ante ellos (Brasil) e incluso donde la izquierda sigue gobernando (Bolivia, Venezuela). En el caso argentino, existió la ilusión de que el kirchnerismo se iba con “la plaza llena” y que eso lo mantendría como una fuerza social capaz de vigilar y poner límites a la primera experiencia de una derecha democrática en la Casa Rosada. Pero ello tuvo un efecto ilusorio. Es cierto que Cristina Fernández podría ser –al parecer– una buena candidata para las Legislativas de este año, pero el kirchnerismo como tal carece de segundas líneas presentables y, más importante aun, el rechazo al gobierno kirchnerista de la mitad de la población fue tan fuerte que se mostró como una base